

UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS POLÍTICAS
CARRERA DE CIENCIA POLÍTICA Y GESTIÓN PÚBLICA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES EN CIENCIA POLÍTICA

30 años
Forjando la ciencia política en Bolivia



500 años
El *Príncipe*
de Maquiavelo

Iván Miranda Balcázar
COORDINACIÓN Y EDICIÓN

COLECCIÓN CIENCIA POLÍTICA

LA PAZ – BOLIVIA – 2014

30 años
Forjando la ciencia política en Bolivia

500 años
El *Principe*
de Maquiavelo



Colección Ciencia Política

UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS POLÍTICAS
CARRERA DE CIENCIA POLÍTICA Y GESTIÓN PÚBLICA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES EN CIENCIA POLÍTICA

SEMINARIO NACIONAL SOBRE EL PRÍNCIPE DE NICOLÁS MAQUIAVELO
DESDE EL ENFOQUE DE LA CIENCIA POLÍTICA

AUTORIDADES

Dr. Julio Mallea Rada
DECANO

Lic. Ramiro Bueno Saavedra
VICEDECANO

Lic. Diego Murillo Bernardis
DIRECTOR CARRERA DE CIENCIA POLÍTICA
Y GESTIÓN PÚBLICA

Iván Miranda Balcázar
Coordinación y edición

IDENTIDAD BIBLIOGRÁFICA

Consejo Técnico IINCIP

- Lic. Diego Murillo Bernardis
- Lic. Ramiro Bueno Saavedra
- Lic. Iván Miranda Balcázar
- Lic. Fidel Criales Ticona
- Lic. Carlos Cordero Carrafa
- Lic. Dino Palacios Dávalos
- Lic. Ariel Benavides Gisbert
- Lic. Galia Domic Peredo
- Lic. Hipólito Encinas Aldapi
- Univ. Julio Ascarrunz Medinaceli
- Univ. Nelson Rodríguez Castellón
- Univ. Iru Maki Cárdenas Catari

Supervisión y seguimiento de edición

- Univ. Julio Ascarrunz Medinaceli
- Univ. Iru Maki Cárdenas Catari

**Producción del Instituto de Investigaciones en Ciencia Política
Carrera de Ciencia Política y Gestión Pública**

Depósito legal: Nº 4 - 1 - 2275 - 14

ISBN del libro: 978 - 99974 - 44 - 75 - 2

Esta publicación es del Instituto de Investigaciones en Ciencia Política en el marco de la promoción y apoyo a la producción intelectual de los docentes, estudiantes e investigadores de la politología. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido con la sola mención de la fuente. Todos los derechos patrimoniales son de propiedad del IINCIP.

Impreso en La Paz – Bolivia 2014

ÍNDICE

Presentación7

Maquiavelismo en Bolivia

Delmar Apaza López15

Maquiavelo y el descubrimiento de la política

Julio Ballivián Ríos29

El “maquiavelismo” en el Estado Plurinacional

Fidel Criales Ticona37

La imaginación política en Maquiavelo

Mario Galindo Soza51

La filosofía política de Nicolás Maquiavelo

Blitz Lozada Pereira69

De principatibus iuridicus

Edwin Machicado Rocha91

Breves apuntes sobre el accionar maquiavélico desde la perspectiva zavaletiana de los procesos políticos del Movimiento al Socialismo en la búsqueda hegemónica de poder en Bolivia

William Mariaca Garrón109

La filosofía política de Nicolás Maquiavelo

*Blithz Lozada Pereira*¹

Cuando Nicolás Maquiavelo² tenía siete años, su padre, Bernardo Maquiavelo, un noble empobrecido, adquirió un libro que cuarenta y dos años después, influiría para que el escritor florentino creara la comedia *La mandrágora*. Se trata del libro que contenía, entre otros, el sermón de fray Bernardino de Siena sobre la usura, presentando un argumento muy sugestivo que la justificaba en ciertos casos. La consideración “del caso” ha dado lugar a que en los siglos XVII y XVIII, pese a la oposición de ciertos filósofos como Pascal, se divulgara el uso de la “casuística” como legítimo procedimiento *científico* para justificar excepciones a la regla, incluidas las normas morales y los preceptos políticos.

La argumentación de Bernardino de Siena en un sermón transcrito en el libro en cuestión, exponía que “el mal puede ser consentido por dos motivos: por el bien que pueda generar, o por el mal mayor que ayude a evitar”. Si evita un mal extremo,

-
- 1 Miembro de la Academia Boliviana de la Lengua asociada a la Real Academia Española. Docente emérito de la Universidad Mayor de San Andrés e investigador en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Publicó 18 libros y ha escrito 60 artículos para revistas especializadas, con artículos en formato físico y electrónico. Licenciado en filosofía con estudios de economía. Maestría en gestión de la investigación científica y tecnológica, y maestría en filosofía y ciencia política. Concluyó el doctorado de Gestión del desarrollo y políticas públicas. Diplomado en educación superior y ciencias sociales. Fue miembro del Comité Ejecutivo de la Confederación Universitaria Boliviana y de la Central Obrera Boliviana.
 - 2 Este texto es la exposición de Blithz Lozada en el “Seminario nacional: 500 años de El príncipe” llevado a cabo por la Carrera de Ciencias Políticas el 18 de septiembre de 2013. Quienes deseen acceder gratuitamente a contenidos del autor relacionados con la temática, pueden recurrir al sitio web: www.cienciasyletras.edu.bo. En él encontrarán publicaciones sobre educación, ciencia política, filosofía e historia que son difundidas como libros y artículos en revistas especializadas.

es aceptable cometer el mal menor. Así, el mal menor sería necesario si permitiese evitar el mal espiritual que aparece como el peor de todos. Inclusive sería aceptable, si se trata de un mal espiritual menor que evitase un mal espiritual mayor. Recíprocamente, resultaría necesario cometer un mal corporal menor si con él se evitase uno mayor. De esta manera, la argumentación teológica se constituyó en una disyuntiva lógica que no sólo permitiría, sino que justifica la necesidad de cometer el mal como alternativa preferible. En resumen, en el mundo, se trate de la moral privada en el escenario de las personas civiles; o se trate del contexto público donde el príncipe opta libremente por tomar las decisiones que prefiere, conduciendo la política y realizando su *virtud* como gobernante; el mal no sólo sería posible, sino que resulta necesario y justificable.

En *La mandrágora*, comedia escrita en 1518, Maquiavelo pone en palabras de Timoteo, un cura codicioso y corrupto, una argumentación similar a la de Bernardino de Siena, aunque no referida a la usura, sino a la infidelidad conyugal que una mujer cometería por necesidad para producir el bien generalizado; es decir, la decisión y realización de una acción *mala* daría lugar, paradójica pero profundamente, a la generación del *bien*.

En la obra de Maquiavelo de 1513, *El príncipe*, la misma argumentación se constituye en la justificación subyacente que da sentido a las decisiones políticas del legislador, decisiones que el escritor florentino le sugiere al príncipe como alternativas lógicas de preferencia, según un análisis de exclusión y reducción al absurdo. Se trata de opciones que el príncipe debe tomar o desechar siguiendo una sólida base empírica de carácter histórico, y según el cálculo objetivo de los costos y beneficios que cada una implica. La explicitación en *El príncipe*, de las reglas generales que es conveniente que el legislador siga, con seguridad que aparecerían ante la opinión vulgar, como amorales o como pautas de acción reñidas con la moral prevaleciente; sin embargo, no es así.

Pese a que las reglas generales enseñadas por Maquiavelo para que el príncipe cultive la *virtud* y tome decisiones ejecutando las acciones más convenientes, podrían parecer crueles, inhumanas, opresivas, abusivas, expoliadoras, dominantes, dañinas, astutas, obsecuentes, ladinas, traidoras, cínicas, y, en general, moralmente deleznable; en último término, son necesarias porque generan el bien o evitan males peores. De este modo, tal y como se da la justificación real de Bernardino de Siena y la argumentación ficcional del cura Timoteo, salvo situaciones de excepción que la casuística autoriza a incumplir, es razonable en el sentido que prevé la teoría de la elección racional, que el príncipe decida lo que hará, teniendo el más conveniente conocimiento posible sobre dichas reglas.

Las acciones del legislador deberían basarse, en este sentido, en el saber pedagógico que ofrece la historia política de la humanidad; de modo que sus decisiones le permitan alcanzar los fines ulteriores que son siempre *buenos* y que justifican sus acciones inmediatas, que podrían aparecer como inmorales. En última instancia, es la estabilidad del gobierno y el ejercicio regular y reproductivo del poder con beneficio para la elite gobernante y el sistema político, lo que justifica la opción de cualquier medio por inhumano que parezca. Respecto de las excepciones a las reglas, la casuística las autoriza, para lo que el príncipe debe ser lo suficientemente *virtuoso* para detectar la complejidad del caso, de modo que en la sucesión de los efectos, finalmente a mediano o a largo plazo, se advierta que el desempeño del legislador como jugador, ha dado lugar a un fin que lo constituye en *ganador*, explicitándose el bien colectivo alcanzado.

En *La mandrágora* el mal necesario se cristaliza como la decisión y acción de una joven mujer casada de ser infiel a su marido, un doctor en leyes, viejo, avaro y rico. Ella es ingenua, sumisa y devota, y debe decidir acostarse con un joven noble cuyo nombre, Calímaco, significa lo que es: un “guerrero hermoso”. Sin

la argumentación que justifica el mal, ella, a pesar del deseo que el joven le motivaría, no se acostaría con él, entre otras razones, por el temor a Dios. Pero, gracias al argumento del cura Timoteo, se justifica la infidelidad presentándola solamente como un mal menor y necesario: gracias al acto infiel, la mujer se embarazaría promoviendo que *todos* alcancen el bien que desean; o, al menos, *casi* todos lo logren, o realicen el bien quienes realmente importan en el guión de la obra.

El engaño fue a la larga, principalmente al marido, y consistió en hacerle creer que después de ingerir una planta mágica, la mandrágora; su mujer sería fértil pudiendo concebir un hijo; aunque el precio sería que el padre del hijo muriese posteriormente como efecto colateral del contagio por la ingesta de la planta. La madre de la joven esposa, confabuló con Timoteo para convencer a su hija de que se acostara con el próximo difunto, quien habría sido, supuestamente, elegido al azar entre los transeúntes de la calle. Por su parte, el cura, cuyo nombre evoca ser el “mensajero de Dios”, después de mostrar al marido la conveniencia de la empresa planificada, emprendió el convencimiento de la joven esposa para que sea infiel, esgrimiendo inclusive el argumento de que era obligación de la mujer obedecer al marido; razón por la que, pese al adulterio, ella quedaría libre de pecado. Inclusive Timoteo le dijo a Lucrecia, la joven esposa, que en el mundo habría “muchas cosas que de lejos parecen terribles, insoportables y extrañas”, pero “cuando te acercas, resultan humanas, soportables y corrientes”, radicando en esto la sabiduría popular de que, a veces, no habría otra solución de que el remedio sea peor que la enfermedad. En analogía evidente a estas expresiones, Maquiavelo manifiesta en *El príncipe* tal concepción, grabándola en la expresión que dice: “La grandeza de los crímenes borraré la vergüenza de haberlos cometido”.

La ficción de Maquiavelo en su comedia, le posibilita a Timoteo afirmar enfáticamente que en todo, “hay que tener en cuenta

el fin”. Es decir, que Lucrecia sea infiel implicaría en el caso en cuestión, que realizaría un mal, con la finalidad de generar a mediano y largo plazo, un bien. Se trata del bien para el marido: darle un heredero; un bien para Dios: darle una nueva alma; un bien para su madre: apoderarse mediante el futuro nieto de la fortuna de su actual yerno acumulada con avaricia. Que aparte de la infidelidad como tal, la empresa implique un riesgo indeseable: la muerte de un desconocido; resultaba irrelevante dado la multiplicidad del bien generado. Es decir, el cálculo de costos y beneficios justificaba ampliamente el riesgo de que se produzca ese daño colateral.

Por lo demás, en verdad, no habría difunto alguno, y a Lucrecia no le fueron revelados otros bienes secretos, que se generarían como resultado de su infidelidad. Por ejemplo, Calímaco se regocijaría al yacer con la mujer que deseaba; su asesor y genio que decidió la tramoya, Ligurio, tendría la satisfacción de que su plan se realizara plenamente, mostrándolo a él mismo como el demiurgo que ordena y rige los destinos humanos, bien que aumentaría si se considera que obtendría adicionalmente una recompensa en metálico proveniente del marido cornudo; recompensa que también aparecería como el codiciado bien para el propio cura Timoteo y para algún sirviente. Más aún, de modo ulterior, el marido recibiría por su avaricia, lo que merecería: se sentiría feliz por la infidelidad, pagaría a quienes lo engañaron y a la larga su fortuna sería para un hijo que no era el suyo. Finalmente, concluido el acto infiel, era seguro que Lucrecia descubriría la verdad, y ante las circunstancias, constatando la magnitud del bien producido en obediencia estricta a su marido, se permitiría continuar una relación amorosa con Calímaco, quien al final de la obra recibió del marido, la llave de su casa; satisfaciendo así sus deseos carnales en una relación indefinida con un impensado joven amante.

La mandrágora fue la obra que dio fama a Maquiavelo en vida, más que cualquiera otra de sus creaciones literarias y teóricas,

reportándole lo que siempre quiso y demandó el escritor florentino: reconocimiento artístico, intelectual y monetario. Por lo demás, su obra *El príncipe*, plagiada en 1523 por un autor aristotélico diez años después de haber sido escrita y remitida a Juliano II de Medici, no se publicó en vida de Maquiavelo. La obra de teatro de 1518 representa la popularización de la visión del escritor sobre la vida, la sociedad y el hombre; en tanto que *El príncipe* se constituyó desde su concepción, en una obra de acceso restringido, un manual de gobierno que sólo deberían conocer los gobernantes, explicitándose las reglas generales para que ejerzan, conserven y amplíen su poder. Mientras *La mandrágora* habla abiertamente sobre la vida civil, el reino doméstico y la descomposición moral de Florencia con los curas como símbolo deplorable; *El príncipe* se constituye en un texto restringido sobre la acción política, el reino público y la necesidad de dirigir o recomponer el gobierno por la acción deliberada y consciente del legislador.

Por lo demás, aparte de los nombres y la caracterización de los personajes de *La mandrágora*, la obra se constituye en una metáfora de *El príncipe*. Es decir, no es una pieza más de la forma cáustica cómo los escritores del Renacimiento, Giovanni Bocaccio en primer lugar, satirizaban sobre la sociedad. Es ante todo, la divulgación de la visión de Maquiavelo sobre qué son los hombres, cómo se establecen las relaciones entre ellos y cuál es el curso de los procesos colectivos, familiares en tal caso, de movimiento cíclico indefinido. Además, la religión aparece como un componente sustantivo de la sociedad para la conservación del orden, desplegando una labor ideológica insustituible. En definitiva, se trata de la visión filosófica de Maquiavelo, de su concepción antropológica esencial, de su pensamiento fundamental sobre la política, y de sus ideas profundas sobre la historia, la acción humana y la construcción de la vida en sociedad. Aspectos que cinco años antes de escribir *La mandrágora*, Maquiavelo había elaborado y explicitado para

un público restringido en *El príncipe*: para la elite que conquiste, mantenga y profundice el poder.

El clero en *La mandrágora* aparece carcomido por la corrupción, interesado por el dinero y el sexo, ratificándose la hipocresía de sus discursos en contraste con las acciones inescrupulosas que lleva a cabo. El cura Timoteo, como otros personajes satirizados en la literatura del Renacimiento está ávido por venderse al mejor postor, y es capaz de exculpar a la mujer adúltera por dinero, constituyéndose gracias a su malicia e ingenio, en la pieza clave para convencerla de ser infiel. Que los curas sepan los pecados de la gente los convierte en agentes eficaces de poder, siendo recipiendarios de los secretos de la intimidad y constituyéndose en los difusores de imágenes y apariencias que es imprescindible preservar como si se cumplieran con devoción e integridad. Que Ligurio manipule al cura con nuevas mentiras populariza también la imagen de que el príncipe virtuoso es capaz, gracias a su astucia, de servirse convenientemente del clero, repitiendo ante el cura la máxima que justifica el empleo de cualquier medio si tiene en vista los fines ulteriores que pretende alcanzar: “creo que es bueno lo que favorece a la mayoría”.

La mandrágora sugiere relaciones metafóricas con el contexto de la Toscana renacentista a inicios del siglo XVI. Lucrecia, la joven esposa que asume su infidelidad como un deber conyugal, crédula ante la ambición de su madre, y dócil ante las argumentaciones del cura Timoteo, se compara con la ciudad de Florencia que es impotente ante la depravación moral y quedó inerte ante la prédica de Girolamo Savoranola. El genio que urdió el engaño del marido cornudo, realizando la satisfacción *para todos* como resultado de su acción, sin escrúpulos ni reparos, Ligurio, representa al príncipe como protagonista que conduce el orden político gracias a su capacidad, con astucia y con lo que Maquiavelo llama la *virtud*. Por su parte, los demás personajes muestran la descomposición social. La mentira es generalizada y frecuente, base del engaño para alcanzar los

objetivos de cada uno en una trama de riesgo latente que podría terminar en desastre. Como en la política, todos son parte de un juego social, con papeles dominantes o subalternos; es decir, lo que esto representa en verdad, es que todos componen un orden político. Todos son partícipes de alguna apuesta, consciente o inconscientemente, en un juego del que no siempre saben si ganan o pierden, y en el que pocos tienen la habilidad de entenderlo, conducirlo, desarrollarlo y torcerlo, rehaciendo inclusive las reglas para beneficio propio.

Es interesante analizar el papel del cura en el mundo social, en la trama de las relaciones entre los hombres y en el desarrollo de los acontecimientos; particularidades que aparecen como la metonimia del papel de Maquiavelo en el mundo político, papel que implica establecer reglas generales para el príncipe con la esperanza de que, siendo virtuoso, el legislador las lleve a cabo según las sugerencias del escritor florentino. *La mandrágora* es la divulgación de una antropología filosófica invariable, marcada por la ambición y lo que de manera ocasional, se realiza: la casuística ficcional de un mundo civil deteriorado y en descomposición. Maquiavelo supone que se trata de la bajeza colectiva y la ruindad del hombre que se hace patente en el corolario del ciclo de desmoronamiento moral florentino; se trata de un mundo donde el cura esgrime el arma de su voz interpelando la conciencia y convocando a la reconvención. Aunque su mensaje es hipócrita y obsecuente, se trata de poner en escena la conciencia moral que regula el orden social y que conserva lo establecido controlando la trasgresión, la rebelión y la resistencia.

Por estas razones, hay suficiente argumento para que el príncipe tenga una prioritaria connivencia con el clero si lo que busca es manipular la subjetividad de sus súbditos. Es decir, es muy aconsejable que las elites en el poder aparenten que el discurso religioso es consecuente, que establece las pautas de comportamiento moral universal y que instituye un orden de temor a Dios; miedo que

se constituye en sustrato psicológico imprescindible para quedar aterrorizado ante la fuerza y ante la posible crueldad del príncipe. De esta manera, cuando el legislador reprima y opte por la agresión dando el zarpazo de león, la consecuencia de su acción tendría el más provechoso efecto: atemorizando a los súbditos y controlándolos eficazmente. Así, el lugar discursivo aparente del cura respaldado por la venia del príncipe, es la prédica indispensable acerca de las obligaciones morales de los súbditos en el Estado, más aún cuando los curas cuentan en su acervo de poder, el secreto de la intimidad de los feligreses.

Sin embargo, pese al papel políticamente poderoso que juega la Iglesia en la Italia de inicios del siglo XVI; en el contexto de protagonizar los máximos excesos de su historia y en el cuadro que incluye las peores tendencias y prácticas, en el contexto político que motivó la reacción protestante con consecuencias profundas tanto inmediatas como a mediano y largo plazo; Maquiavelo acusa al cristianismo de haber afeminado el mundo y de haber desarmado al cielo. El escritor florentino preferiría una religión politeísta y agresiva que glorifica a los hombres por sus excesos y conquistas, una religión como la romana, que inspiraba a los hombres a la guerra, que los convertía en siervos de Marte y que los predisponía a enfrentar los peligros extremos, a luchar por el imperio y a cumplir los designios de una historia épica en la cada uno tendría un papel destacado. Frente a esta religión de conquista y de honor, la Iglesia cristiana criticada por Maquiavelo representaba el apocamiento de la humildad, la pasividad de las energías de poder y, ante todo, la hipocresía generalizada que condujo la historia de Italia y de Florencia, por el camino de la división, la debilidad y el sometimiento a los bárbaros extranjeros.

Maquiavelo en la mayor parte de sus obras dice que no se le reconoció económicamente, el esfuerzo, la dedicación y la calidad de su trabajo. Congruente con su visión del hombre, creía que en su ciudad y en Europa en general, la riqueza y particularmente el

dinero, se constituían en los principales indicadores de la *virtud* y de la suerte de los hombres. Así, en *La mandrágora*, el dinero define quién es quién, establece posiciones, fija relaciones, otorga prerrogativas, constituye el ser de cada sujeto social en comparación con los demás que siempre aparecen por debajo y por encima del ego de referencia.

En el devenir de las azarosas circunstancias de existencia, los hombres caen en desgracia, amasan caudales de riqueza, son favorecidos por el azar o aplastados por el infortunio; envidian, compiten, atacan, se defienden, construyen y destruyen; ostentan, usan el dinero y sus recursos para saciar los impulsos, para satisfacer lo que quieren y para lograr lo que pretenden. Por lo demás, el amor y el dinero incentivan a los personajes de la comedia florentina, incluyendo al cura. En resumen, la antropología filosófica que subyace en la concepción de Maquiavelo es una visión negativa del hombre, ratificada en *El príncipe* al afirmar que los hombres se conducen como seres “ingratos, cambiantes, simuladores y disimuladores, cobardes frente al peligro, ávidos de ganancia”, sin que el príncipe pueda depositar en ellos confianza alguna, debido entre otras razones, a que mostrarían recurrentemente, una invariable tendencia a la inestabilidad y a ser partícipes del conflicto.

Tan importante es el peculio, que en *El príncipe*, Maquiavelo previene al legislador de abstenerse de “apropiarse de los bienes de sus conciudadanos y súbditos, y de sus mujeres”; puesto que “los hombres olvidan más rápido la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio”. Así, la naturaleza del hombre lo hace proclive a desear tanto la riqueza como el poder, convirtiendo a sus bienes en los signos más importantes de su logro y prestigio, y por tanto, también en el más sensible origen de los conflictos latentes. El modo más expedito para que el príncipe sea odiado por sus súbditos con las consecuencias de violencia que esto conlleva, es que cometa excesos con la propiedad privada de ellos.

La filosofía de Maquiavelo, por lo demás, no se restringe a ambas obras. Para explicitarla en sus componentes fundamentales que, en general, refieren como un lugar común el “realismo político”, es necesario acudir a otros textos del escritor florentino; en particular, por ejemplo, a los *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*, *El arte de la guerra* y a la *Historia florentina*. Ciertas referencias a tales obras son convenientes para esbozar una comprensión general de su visión del mundo y de su filosofía, en especial, lo que concierne a la problematización filosófica de la política, y en segundo lugar, el lugar teórico de *El príncipe* en el conjunto de su obra y de su pensamiento.

En la *Historia florentina* y en *El asno*, Maquiavelo refiere una *ciudad de cerdos* ideal, se trata de una metáfora del estado inicial de los hombres. Es un lugar de igualdad perfecta entre los animales que se regocijan en medio del lodo, desnudos y sin riqueza ni pobreza, en una felicidad indefinida y semejante. En tal cuadro, como designio del orden de las cosas invariable e ineluctable, asalta a los hombres la ambición, reproduciéndose y ampliándose el deseo de tener más, de comer más, de acumular riqueza y de vencer a los débiles. Maquiavelo habla de la ambición insaciable e indefinida de los poderosos que al lograr mayores ventajas y diferencias, quieren maximizarlas sin límite; también se refiere a los descontentos y a los vencidos, a la inquina que destilan contra el opresor, al poder que soportan como oprimidos, y a la desigualdad imperante, obligando a algunos a que trabajen para otros, dando vía libre para que algunos se dediquen a la rapiña, difundiéndose por doquier buenas y malas artes, y sojuzgando a los vencidos siempre débiles, bajo el yugo de los poderosos que gracias a la fuerza, ferocidad y voracidad; los aplastan y devoran.

Sin embargo, en este cuadro de desagregación y tumulto es donde surge la intervención de la autoridad individual, se trata de la promoción de la unión y del establecimiento del orden a través de la ley. De tal modo, la *ciudad de cerdos* se convierte en una *ciudad humana* donde la fuerza cohesionadora ofrece seguridad

y unidad, reproduciendo el temor a la autoridad, limitando la trasgresión y desplegando pautas de autodefensa. En tal nuevo cuadro ha surgido el legislador asentando el territorio de unidad colectiva y fijando las leyes como fuente de cumplimiento y de orden.

En 1512, después de dieciocho años de alejamiento del poder, la dinastía de los Medici regresó a gobernar Florencia bajo el régimen de Juliano II de Medici. Maquiavelo y Piero Soderini fueron removidos de sus cargos inmediatamente por considerarlos simpatizantes con la república. Antes del incidente, como señala el propio Maquiavelo en los *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*, habría caído un rayo sobre el palacio de la *Signoria*. Este acontecimiento motivó que ambos funcionarios escribieran sus testamentos, creyendo que el rayo anunciaba la precipitación de tiempos de cambio con el acontecer de hechos por venir que marcarían el fin de una época y el principio de otra.

En el texto en cuestión, Maquiavelo indicó otros incidentes sobrenaturales que advertirían sobre la inminencia de acontecimientos políticos sustantivos, señalando otros hechos que habrían sido profetizados con precisión. Por ejemplo, tales son los casos, antes de que muriera Lorenzo el Magnífico en 1492, de un rayo que habría sacudido la catedral de Florencia; por su parte, Girolamo Savoranola predijo que Carlos VIII de Francia invadiría el norte de Italia, produciéndose a renglón seguido en 1594, un hecho extraordinario: el ostracismo de los Medici de la ciudad toscana. Siguiendo esta línea, en *El príncipe*, el secretario florentino refiere varios signos que anunciarían hechos políticos de envergadura, signos tales como que el mar se abriera, una nube mostrara el camino, brotara agua de la roca o que fluyera maná del cielo. ¿Queda, por estas creencias vulgares, menoscabado el carácter *científico* del pensamiento de Maquiavelo?

Sin duda que no. Y es que la concepción *científica* de la política de Maquiavelo se da como parte de una concepción ideológica renacentista, opuesta a la visión dogmática y esotérica medieval. No obstante, no es pertinente concebir tal pensamiento como una disposición plenamente moderna de la ciencia, según por ejemplo, el empirismo inglés de los siglos XVII y XVIII. Es más, la *cientificidad* del escritor florentino hay que integrarla a su visión renacentista del mundo que ordenaba una peculiar disposición de los elementos que constituyen la realidad, incluida la política. Tal es así, que en su texto literario *El asno*, Maquiavelo muestra coincidencia con la cosmología aristotélica que concebía la estructura del mundo dividida, por una parte, en la esfera supralunar, caracterizada por el movimiento perfecto y absolutamente preciso y predecible; y, por otra parte, en contraposición a tal esfera, estaría la que corresponde al mundo sub-lunar, asumido como el escenario del entorno natural y social, donde los cambios son irregulares, desordenados y casuales; y donde a lo sumo, es posible presumir que los ciclos se cumplen con relativo orden de sucesión, dándose secuencias que a veces escapan a la necesidad, en servicio del azar, provocando la ocurrencia impredecible de alternativas de transformación.

Ahora bien, para Maquiavelo el mundo político es el mundo sub-lunar donde la suerte o el azar inciden de modo recurrente. No obstante, las secuencias de los acontecimientos y la inflexión de los hechos se anuncian por signos que anticipan los acontecimientos extraordinarios. Tales signos anunciarían la variación de los procesos, de modo que las tendencias de ascenso varíen, convirtiéndose en el inicio del descenso; de manera que la generación de nuevas realidades políticas acabe, iniciándose el ciclo de deterioro y corrupción; de modo que los signos anuncien también cambios y renovación de poderes, promoviéndose la alternancia de los actores que dominan en la historia, y dando vía libre para que acontezcan momentos sustantivos de variación, estableciéndose nuevos escenarios de gobierno. En

consecuencia, ante tales signos de fuerza innegable, tal y como él y Soderini hicieron, era aconsejable tomar previsiones como la redacción de testamentos, puesto que, a pesar de que se pueden interpretar los augurios como le plazca a quien lo haga, nunca se sabrá con total certidumbre, cuán profundos serían los cambios por venir, y qué implicaciones darían lugar a que se produzcan.

Por lo demás, Maquiavelo no asume como determinantes los ciclos políticos. Por ejemplo, la elaboración de la secuencia de los sistemas de gobierno procedente de Aristóteles y que Polibio sistematizó en la serie: monarquía – tiranía – aristocracia – oligarquía – democracia y demagogia, no se cumple de modo ineluctable.

Todo momento de inflexión en la sucesión de los acontecimientos políticos, por muy elocuentes y variados que sean los signos que lo anuncian, se realiza efectivamente si y sólo si interviene la acción protagónica de los actores. Si la acción de los hombres que están en el teatro de la política no alcanza a cristalizarse según la altura de los tiempos, si su acción es una respuesta insuficiente a la demanda del momento sin que pueda redefinir los acontecimientos; en definitiva, si el príncipe no tiene la *virtud* para determinar lo que sucederá, entonces la suerte, es decir, el azar o la fortuna, arrasará con lo prefigurado y se desencadenará cualquier efecto político, impredecible en el escenario de la sociedad y en el teatro de la historia.

Las reglas generales que Maquiavelo expone como un saber reservado, personalmente sugerido al príncipe para que cultive la *virtud* privativa de ser gobernante, se constituyen, en este sentido, en las alternativas de acción para que dirija y establezca el sentido de los acontecimientos por venir, siguiendo el ciclo influido por los astros. Se trata de las posibilidades de acción del legislador en el mundo sub-lunar donde, reconociendo como lo hacían los antiguos griegos y romanos, la influencia astronómica, la decisión final que desencadena las secuencias latentes, era

siempre la decisión *libre* del gobernante. Así, aunque los signos señalarían momentos intensos en el devenir de la política, el teatro del mundo constituyó recurrentemente un escenario con un protagonista principal: las elites gobernantes que gracias a la *virtud* del príncipe e inclusive, careciendo de ella; dan curso libre, restringen o coartan la sucesión de lo que acontece; de manera general, gracias a una fuerte impronta personal que permite el inicio de nuevos procesos, su desarrollo o la consumación de lo posible. Tal, el arte de gobernar.

La dinastía de los Medici tuvo una presencia oscilante en el gobierno de Florencia, habiendo desplegado su presencia, por ejemplo en la corte de Francia con la reina Catalina de Medici; la familia contó también con tres papas: León X, Clemente VII y León XI. El gobierno de Florencia comenzó con Cosme de Medici en 1436, quien fundó la dinastía y adoptó el título de Gran Maestro, aunque entre sus antepasados se cuenta a otros notables personajes históricos como Salvestro Medici y Juan de Bicci de Medici. En la edad de oro del Renacimiento le correspondió a Lorenzo el Magnífico dirigir Florencia. La oscilación de la dinastía en el ejercicio del poder se alternó con la institución de la república en varias ocasiones; es decir, si los Medici no gobernaban, los florentinos imponían la república popular inspirada en Savoranola; pero después de cierto periodo de vigencia, la dinastía regresaba inexorablemente a tomar las riendas del gobierno. Es interesante analizar que el cargo de Maquiavelo como secretario de la segunda cancillería de la república florentina se dio durante la república popular, por lo que fue visualizado como opositor a la dinastía de los Medici, granjeándose el rechazo de algunas figuras notables como el Papa León X.

En 1494, ante la imposibilidad de enfrentar militarmente a Carlos VIII de Francia que se apostó frente a Pisa, Piero de Medici provocó que la dinastía fuese expulsada de Florencia. Cuatro años más tarde en plena república, Maquiavelo comenzó

a ejercer la secretaría. Se trataba de un cargo, relativamente, de baja jerarquía; que, no obstante, le permitió al escritor florentino efectuar varias legaciones, en especial las que realizó en la corte de Francia para tratar temas diplomáticos. Sus labores se prolongaron hasta 1512 cuando fue removido de su cargo debido a que los Medici retornaron al gobierno. Un año más tarde en pocos meses, redactó *El príncipe* y lo dirigió a Juliano II de Medici, para llamar su atención, con la intención de recuperar su empleo. Vanos fueron los intentos del escritor florentino para que el *nuevo* regente de Florencia prestara atención a su obra; pero sería sólo hasta 1520 que obtendría un empleo público como historiador del *Studio florentino*, en situación incomparablemente desventajosa a la que gozó como secretario de la segunda cancillería durante catorce años, tiempo en el que realizó cuatro legaciones a Francia.

Aparte de que *El príncipe* tenga la prosaica intención señalada, fue escrito en un momento necesario que implicó que Maquiavelo interrumpiera la redacción de sus *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*. Tal interrupción no se dio, en verdad, para apresurarse a enviar el manuscrito a Juliano II de Medici, sino que se precipitó por motivos teóricos. En sus *Discursos* había llegado a un momento intelectual de desarrollo de su filosofía política que, de modo muy conveniente con la circunstancia práctica en la que se encontraba, era aconsejable integrar a su producto teórico, las sugerencias explícitas al príncipe, para que dirigiera un nuevo proceso de ascenso, supuesto que el deterioro moral y político de Florencia habría llegado al límite del ciclo que correspondía. Así, las reglas generales con base en el estudio de la historia, disyuntiva y sistemáticamente elaboradas en *El príncipe*; la necesidad de la *virtud* para que el legislador sea capaz de conducirse enfrentando inclusive la adversidad y el infortunio; la sabia combinación de la astucia de la zorra y la fuerza del león, el abandono de cualquier escrúpulo y la independencia de la acción política respecto de cualquier rémora

de carácter moralista, teológico o filosófico; se constituyeron en imperativos que era imprescindible aseverar y había que hacerlo con la mayor firmeza. Tal es el lugar teórico de *El príncipe* en la filosofía política de Maquiavelo, siendo corolario de la obra, su interpelación a los príncipes de Italia para que comprendan su responsabilidad en la tarea de constituir un ejército propio capaz de derrotar a los bárbaros, y que actúen en consecuencia, procurando la unidad de la península.

Pero, ¿por qué tuvo Maquiavelo que escribir en pocos meses *El príncipe* en 1513? Sencillamente, porque en el desarrollo de las ideas de los *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio* ya había afirmado la necesidad del ciclo. Aunque los ciclos políticos no son ineluctables, su celeridad o ralentización depende de la acción de la elite gobernante, en particular, depende de la *virtud* del príncipe. Dado que habían transcurrido dieciocho años de la república popular y el régimen mediceo se reinstaló con energía y fuerza en el gobierno florentino; congruente con su visión de la antropología filosófica, la influencia astronómica en el mundo sub-lunar y la decisión soberana de los gobernantes de optar por la virtud calculando los costos y beneficios de sus decisiones y acciones; Maquiavelo asumió que para llegar a constituir un Estado estable, regido por la ley y en el que el poder del príncipe se fortalezca con las instituciones que creara y desarrollara, era imperativo elegir acciones que aunque fueran visualizadas como las peores moralmente, eran necesarias para alcanzar en el porvenir, un bien mayor. Así, todo lo que el príncipe haría se justificaría por el fin que perseguía, quedando sus excesos absueltos por la historia.

La visión filosófica de Maquiavelo respecto de la política, no despliega una concepción teleológica. Congruente con el vigor y profundidad de las ideas greco-latinas cíclicas, el escritor florentino consideraba que los procesos de ascenso en procura de la estabilidad política y los logros para alcanzar la unidad italiana, acciones que demandaba que realizara, por ejemplo, Juliano II de

Medici; no representaban un final ulterior y definitivo. En verdad, la proyectada consolidación institucional que estabilizaría la política como producto de la *virtud* del príncipe, no constituía un estado terminal absoluto, sino un ascenso en el camino cuyo sentido se habría marcado relativa y temporalmente, por el signo de inflexión producido. La inflexión en tal caso, fue el retorno de los Medici al gobierno, y a pesar de sus intenciones y su estilo, aunque le pese el nuevo príncipe, era imperativo que despliegue la acción que fuera necesaria para iniciar el proceso por el que Florencia se levante remolcando a los demás estados italianos, siendo imprescindible para esto, que tenga la voluntad y la capacidad de ejecutar cualquier acción, independientemente de los escrúpulos, la moral o la filosofía que podrían detenerla.

En definitiva, al parecer, *El príncipe* se constituye en una obra temporal que señala las obligaciones y responsabilidades del gobernante frente a la coyuntura que le exige iniciar un nuevo ciclo; consciente Maquiavelo de que la situación de deterioro moral y político al que ha llegado Florencia e Italia, en general, demandarán decisiones radicales y acciones extremas como las que sin reparo, verbaliza en su obra, convirtiéndola en un manual para la elite gobernante y, en particular, para el legislador que realiza su *virtud*. Por lo demás, suponiendo que la tarea se cumpliera según lo previsto, la concepción de Maquiavelo sobre los ciclos de la política, pone en evidencia que la estabilidad no es un *telos* político, no se trata de un fin definitivo sino, a lo sumo, un estado provisional acechado por diversos factores para motivar su cambio. Entre los más conspicuos aparecería el aburrimiento que daría lugar a iniciar un nuevo ciclo; en tal caso, un proceso encaminado otra vez, al deterioro y a la descomposición, sin que la elite gobernante quede exenta de la vorágine de movimiento que, según la concepción antigua, sin duda se precipitará inexorablemente.

Habiendo señalado la argumentación filosófica que se constituye en el telón teórico de fondo de *El príncipe*, cabe

referir algunas observaciones personales. Resulta que la argumentación de Maquiavelo adolece de graves deficiencias en su formulación; en especial, si se la ve iluminada con la luz de la modernidad democrática actual. La más evidente incongruencia teórica radica en que el proyecto ilustrado de la modernidad democrática y liberal se asienta actualmente en la participación política y el control social que ejercen los gobernados en resguardo de sus intereses. Proclamar una política arcana de elites, por muy virtuoso que sea el príncipe restringe lo político a la clase autoproclamada como responsable exclusiva de su curso y desarrollo, condenando a la sociedad civil a alguna de las siguientes alternativas: o la ignorancia generalizada que rinde zalamería al caudillo, o a la manipulación ideológica de la mayoría que restringe cualquier crítica a los gobernantes en un contexto de conculcación de la libertad de expresión, de negación de la circulación de ideas y de rechazo a cuestionamiento las acciones del gobierno.

En segundo lugar, suponiendo que los ciclos se cumplan con un orden alternado, se ratificaría el carácter relativo de cualquier discurso político. Es decir, tanto los proyectos políticos esbozados como utopías más o menos remozadas, cuanto los proyectos filosóficos que abogan por un *telos* que aparece como la finalidad de consecución de la historia; si la visión de la política es consecuentemente cíclica, resulta que pierden la fuerza enunciativa que se convierte en proyección movilizadora en última instancia.

En este cuadro, ya nada justifica la táctica; ningún fin, porque no existe, es el argumento último que dé rienda suelta a los medios para desplegar la política que, con o sin *virtud*, se le antoje al legislador revestido de poder omnímodo. Que intelectuales y políticos hayan reivindicado *El príncipe* para justificar teleológicamente las atrocidades que ellos mismos realizaron, enunciaron diversas apologías o trataron de justificarlas, no repararon en la concepción filosófica fundamental

de Maquiavelo, no repararon en la idea de carácter cíclico que subyace a su visión política. Se trata de quienes, Antonio Gramsci y Benito Mussolini por ejemplo en el siglo XX, no descubrieron que antes de *El príncipe* y en torno a él, Maquiavelo desplegó las ideas y las concepciones de los *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*, alterando sustantivamente la apariencia teórica de *El príncipe*.

Por último, que el fin de estabilidad política temporal justifique el terror de las acciones tácticas, más allá de ser apenas una justificación del autoritarismo coludido con la tiranía, facilita que los regímenes dinásticos y el terror de Estado reduzcan la política a su peor expresión: aquella en la que el mundo está escindido, en primer lugar, entre gobernantes inescrupulosos y amorales carentes de reparos para cometer cualquier extremo o crimen; y, en segundo lugar, quienes son gobernados: aterrorizados por la crueldad y los excesos que el príncipe pueda cometer en su contra. Tal, el legado de *El príncipe* de miedo a la libertad.

Bibliografía

Abbagnano, Nicolás (1982). *Historia de la filosofía*. Trad. Juan Estelrich y J. Pérez Ballestar. Vol. 2, "La filosofía del Renacimiento. La filosofía moderna de los siglos XVII y XVIII". Barcelona: Hora S.A.

Chabod, Federico (1966). "El método y el estilo de Maquiavelo". En *Revista de la cultura de Occidente*. Bogotá: Ediciones Buchholz. Imprenta ABC, agosto. Tomo XIII/4.

Godoy Ardaya, Oscar. (1994). "Antología del pensamiento de Maquiavelo". Madrid: *Estudios públicos*.

Granada, Miguel Ángel. (1974). *Maquiavelo*. Barcelona: Editorial Barcanova, Colección El autor y su obra, 1ª edición.

Guinzburg, Carlo. (2010). "Maquiavelo, la excepción, la regla: Líneas de una investigación en curso". En *Ingenium: Revista de la historia del pensamiento moderno*. Madrid: Texto electrónico de la Universidad Complutense. Julio, Nº 4.

Maquiavelo, Nicolás. (2009). *Historia de Florencia*. Barcelona: Editorial Tecnos.

Maquiavelo, Nicolás (1977). *La mandrágora*. Trad. Esther Benítez. Madrid: Editorial Cuadernos para el Diálogo.

Maquiavelo, Nicolás (1974). *El príncipe*. Trad. Carmen Soler Blanch. Prólogo de Jorge Xifra Heras. Barcelona: Editor Verón, Colección Scriba, 1ª edición.

Maquiavelo, Nicolás (1892). *Obras históricas de Nicolás Maquiavelo*. Trad. Luis Navarro. Madrid: Librería de la Viuda de Hernando. Biblioteca Clásica.

Discursos sobre la primera Década de Tito Livio. Sin datos. En: http://www.ferronato.com.ar/wpcontent/uploads/2009/06/discursos_tito_livio1.pdf

Peña Motta, Pedro Pablo (1974). *Maquiavelo: Doctrina política de El príncipe, proyección en Hegel, el fascismo y repercusiones hoy*. Bogotá: Ediciones Paulinas. Colección Estudios Sociales.

Posada, Francisco (1966). "Maquiavelo y la libertad nacional". En *Revista de la cultura de Occidente*. Bogotá: Ediciones Buchholz. Imprenta ABC, agosto. Tomo XIII/4.